

# La justicia social y la justicia ambiental en los Estados Unidos: La Naturaleza como comunidad

**Giovanna DiChiro<sup>1</sup>**

«Sheila, creo que quieren matarnos!». Robin Cannon, residente de la zona Sur-Centro de Los Angeles, había llegado a esta conclusión lógica que intentaba transmitir a su hermana por teléfono muy tarde en la noche tras haber leído durante varias horas un Informe de Impacto Ambiental de ominoso contenido. Horas antes, esa misma tarde, Robin Cannon había acudido a una audiencia pública auspiciada por el municipio de Los Angeles, donde oyó mencionar por primera vez el proyecto de incineradora de residuos sólidos conocido como LANCER (Los Angeles City Energy Recovery Project) de 1.600 toneladas al día que iban a colocar en el mismo centro de su barrio. Los

funcionarios municipales querían disipar los miedos «injustificados» y las opiniones «equivocadas» sobre la incineración de basuras. Los asistentes a la audiencia pública habían visto espléndidas imágenes de la incineradora que sería construida rodeada de áreas verdes que podrían ser también un lugar para picnics, casamientos y fiestas al aire libre. Esos funcionarios no

podían sospechar que esa mujer normal que estaba preguntando tantas cosas sobre los efectos de la incineración de tanta basura sobre la salud humana, iba a leer realmente esa misma tarde y noche el informe de impacto ambiental de ocho centímetros de grosor que documentaba científicamente los niveles de seguridad de esa nueva instalación. El telefonazo de Cannon a su hermana indicaba que las informaciones enterradas en ese documento técnico decían algo muy diferente. Las dioxinas y furanos muy tóxicos eran solamente algunos de los productos químicos que probablemente contaminarían el aire, el agua y el suelo de la gente que vivía en la zona Sur-Centro de Los Angeles.

Robin Cannon, su hermana Sheila, y su amiga Charlotte Bullock, todas residentes de esa comunidad predominantemente afroamericana y de bajos ingresos, formaron un grupo llamado Concerned Citizens of South Central Los Angeles, en respuesta a lo anunciado por el informe de impacto ambiental. Las acciones de estas tres mujeres, para construir una respuesta organizada a la amenaza que percibían contra el bienestar de su comunidad, niegan ese estereotipo de los barrios pobres como «carentes de conocimientos», «sin preocupaciones ambientales» y «fáciles de manejar». <sup>2</sup> Mediante el grupo Concerned Citizens movilizaron una red de organizaciones comunitarias en toda la ciudad y a líderes políticos y empresariales locales, que impidieron con éxito la construcción de LANCER al derrotar la propuesta de emitir deuda municipal de 535 millones de dólares para financiar el proyecto. El triunfo no se limitó a forzar un cambio de planes del municipio, sino que también consiguieron que la ciudad revaluara sus prioridades, desechando la

<sup>1</sup> Allegheny College, Pennsylvania, Estados Unidos. Este texto procede del libro de Michael Goldman, *Privatizing Nature. Political Struggles for the Global Commons*, Pluto Press y Transnational Institute, Londres, 1998, cap. 5.

<sup>2</sup> Esas cualidades han sido establecidas «científicamente» por consultoras tales como Cerrell Associates de Los Angeles, en su documento «Dificultades políticas de la localización de instalaciones de conversión de residuos en energía» (Political Difficulties facing Waste-to-Energy Conversion Plant Siting, 320 North Larchmont Blvd., Los Angeles CA 90004, California Waste Management Board, 1984). Este tipo de investigación informa a las empresas acerca del nivel de resistencia que pueden esperar de los residentes locales frente a una instalación peligrosa.

incineración de basuras y comprometiéndose en favor del reciclaje. La lucha contra LANCER significó también el inicio de toda una serie de luchas comunitarias sobre la vivienda, las escuelas, las drogas y la seguridad vecinal. Esas activistas pensaban que esas cuestiones eran tan «ambientales» como los residuos peligrosos, la calidad del aire o los usos del suelo.

Conocí a Robin Cannon en 1993, y me sorprendió saber que esas cuestiones de los barrios pobres de las ciudades, no eran consideradas como «ambientales» por las organizaciones ecologistas de California, como el Sierra Club o el Environmental Defense Fund. Cuando el grupo de Robin Cannon, las Concerned Citizens, se acercó a esas organizaciones hacia 1985 tuvieron que escuchar que el envenenar una comunidad urbana mediante una incineradora era una cuestión de «salud pública» y no una cuestión ecológica.<sup>3</sup> Para conseguir un movimiento ambiental realmente amplio y efectivo, es muy necesario analizar esa discrepancia entre lo que se considera qué es y qué no es «ecológico». Hace falta entender cómo diversos grupos han entendido históricamente su relación con la Naturaleza y el ambiente en que viven, cuáles son las metáforas diversas y a veces contradictorias que se aplican a los diversos medio ambientes que encontramos todos los días. ¿Qué significa hablar de la Naturaleza como una «madre benevolente», o como «lugares silvestres no estropeados aún por la mano del hombre», o como el lugar «donde la familia y la comunidad se encuentran y comparten experiencias vitales»? No sólo es necesario estudiar las *ideas* sobre la Naturaleza sino examinar las prácticas sociales: cómo la gente entiende, vive y cambia su medio ambiente. Así nos preguntamos: ¿cuáles son las formas y estructuras complejas de organización social y cultural que nacen en lugares diversos para resistir contra la destrucción de relaciones concretas entre los humanos y el ambiente y para proponer y apoyar modos de vida concretos? En otras palabras, ¿cómo se moviliza la gente a través de la acción para apoyar o transformar ciertas relaciones con la Naturaleza y el medio ambiente? En este trabajo, examino el nacimiento del movimiento de Justicia Ambiental en los Estados Unidos, un movimiento cuya fuerza está sobre todo en comunidades pobres de gente de color que, al igual que los Concerned Citizens de Los Angeles, entienden la Naturaleza y el medio ambiente como esos lugares y esas relaciones que apoyan el modo de

vivir de una comunidad local. Las organizaciones de base que componen ese movimiento consideran que la justicia social, la sustentabilidad económica local, la salud y la gobernabilidad de la comunidad, son parte del medio ambiente. Ven los lugares en donde viven, trabajan y juegan, muchas veces en los centros degradados de las ciudades de Estados Unidos que han sufrido una desinversión estatal durante décadas, como un territorio comunitario. Al igual que quienes en Brasil o en México defienden y revitalizan las tierras y los bosques comunales, esos eco-activistas que pertenecen a la gente de color están redefiniendo qué es lo que constituye un territorio urbano comunitario, saludable y socialmente justo. Cuando hablamos de la defensa del medio ambiente, a través de la defensa de las comunidades, no podemos olvidar que las ciudades albergan a una gran parte de la humanidad, cada día mayor, y que son un espacio de protestas y de posibles cambios para crear formas más sostenibles de relaciones ecológico-sociales.

### LA REDEFINICIÓN DEL AMBIENTALISMO: LA LUCHA POR LA JUSTICIA «VERDE»

La gran red nacional e internacional de organizaciones comunitarias y ambientales que llamamos el movimiento de justicia ambiental, se enfrenta con los significados anteriores del «ambientalismo» y produce nuevas formas de teoría y de acción ecologistas. Esa expresión, «justicia ambiental» (*environmental justice*) que apareció en los Estados Unidos a mediados de la década de 1980, cuestiona otras nociones de «Naturaleza» y «medio ambiente» y trata de producir algo diferente. La gran mayoría de activistas en el movimiento de justicia ambiental son mujeres de bajos ingresos y predominantemente mujeres de color, incluidas Dana Alston, Pam Tau Lee, Penny Newman, Esperanza Maya, Juana Gutiérrez, Vernice Miller, Marta Sali-

---

<sup>3</sup> Más tarde, organizaciones como Greenpeace, el programa nacional sobre Leyes de Salud, el Centro por la Ley al Servicio del Interés Público, y Ciudadanos por un Medio Ambiente Mejor, que unen la justicia social y la justicia ambiental en sus actuaciones, apoyaron la campaña de Concerned Citizens contra LANCER.

nas, Valerie Taliman, Marina Ortega, Lois Gibbs, Rose Augustine y Janice Dickerson.<sup>4</sup> Desde el comienzo, la composición de género, raza y clase distingue a este movimiento del ambientalismo general dominante, cuyos componentes históricamente han sido blancos de clase media y cuyos dirigentes han sido hombres casi siempre.<sup>5</sup>

El ambientalismo general dominante parte de una posición ideológica que separa a los humanos del mundo «natural». Así, los ambientalistas parece que están obsesionados por preservar esos espacios «silvestres y naturales» donde no hay humanos y donde apenas debe haber humanos. Algunos his-

toriadores de los movimientos sociales han calificado al movimiento de justicia ambiental como el «nuevo ambientalismo» (Gottlieb e Ingram, 1988) pero no estoy del todo de acuerdo con esa apreciación, ya que muchas y muchos de los activistas de base con quienes he hablado no se consideran ambientalistas o ecologistas, y menos aún admitirían que se han convertido al ambientalismo o ecologismo. En parte, eso se debe al dominio de una cultura política blanca y de clase media, y «preservacionista» de la Naturaleza, de la cual se nutre el ambientalismo dominante.<sup>6</sup> De nuevo, en esa corriente dominante del ambientalismo de Estados Unidos, lo que cuenta como «medio ambiente» es únicamente la preservación de zonas silvestres y la protección de especies en peligro de extinción. En cambio, la salud humana, la contaminación de las comunidades o de los lugares de trabajo, y la sustentabilidad económica, no cuentan como temas ambientales. Además, muchos activistas del movimiento de justicia ambiental consideran que el ambientalismo dominante es contrario o indiferente con respecto a las ciudades, despreocupándose de si sus habitantes tienen o no tienen trabajo. Ahora bien, las organizaciones comunitarias que componen el movimientos de justicia ambiental están en áreas urbanas de clases trabajadoras y de bajos ingresos, y —como en el caso de Robin Cannon— les preocupan temas urbanos como los vertidos o la incineración de basuras, el envenenamiento por plomo o por amianto o asbestos en malas viviendas, y el desempleo y la pobreza. Las grandes organizaciones ambientalistas no consideraban tales temas hasta hace bien poco tiempo.<sup>7</sup>

Los activistas de la justicia ambiental definen el medio ambiente como «el lugar donde trabajas, donde vives, donde juegas», una definición que resulta atractiva para tantas y tantos activistas en defensa de las tierras y los bienes comunales alrededor del mundo. En cambio, muchos ambientalistas de Estados Unidos de la corriente dominante, no entienden esa definición, o la consideran muy inadecuada por ser antropocéntrica, pues ellos piensan que son los humanos precisamente los culpables de los daños ecológicos. Los activistas de la justicia ambiental sostienen que los humanos pobres son víctimas de la destrucción ambiental y de la contaminación causadas por el sobreconsumo de los ricos, y señalan además que algunas culturas humanas han vivido de manera ecológicamente sensata. Por tanto, argumentan que la visión del

<sup>4</sup> Ese predominio de las mujeres, especialmente de mujeres «marginalizadas», en las organizaciones de justicia ambiental, ha sido documentada en distintos estudios, por ejemplo Celene Kraus, «Women of Color on the Front Line» en Robert Bullard (1994), Lin Nelson, «The Place of Women in Polluted Places», en Diamond y Orenstein (1989), Jane Kay (1991), y Barbara Ruben (1992).

<sup>5</sup> Uso el adjetivo «general» para ese movimiento ambiental anterior, que comparte significados y organizaciones. Es común en él ver la Naturaleza como un espacio silvestre amenazado, separado de las ciudades contaminadas y sobrepobladas, y también lo es la dedicación a la preservación de las especies animales silvestres y de todo el mundo no humano. Esas organizaciones como el Sierra Club, la National Wildlife Federation y Nature Conservancy, invocan una herencia histórica que incluye los escritos y las figuras de John Muir, Aldo Leopold y Gifford Pinchot.

<sup>6</sup> Esos discursos de la preservación ambiental y de la protección y la conservación de la «estética de la Naturaleza» abundan en el ambientalismo de las organizaciones ambientalistas, sobre todo las llamadas «Las Diez Mayores», que incluye a Amigos de la Tierra (de Estados Unidos), la Wilderness Society, el Sierra Club, la National Audobon Society, el Environmental Defense Fund, el Natural Resources Defense Council, la National Wildlife Federation, la Izaak Walton League, la National Parks and Conservation Association, y la Nature Conservancy.

<sup>7</sup> En años recientes, y en respuesta a las exhortaciones de muchas organizaciones de gente de color en los Estados Unidos, la importancia de los ambientes urbanos y de las ecologías urbanas empieza a ser reconocida en el discurso ambientalista dominante. Hay organizaciones como Greenpeace, el Sierra Club y el Programa de Habitat Urbano del Earth Island Institute, que empiezan a unir las necesidades de los centros degradados de las ciudades con las preocupaciones ambientales. Esta naciendo una percepción de las zonas urbanas como «ecosistemas multiculturales» que necesitan un conocimiento ecológico específico para asegurar un desarrollo sostenible ecológica y socialmente (Stren et al, 1991, Platt et al., 1994, Cronon, 1991).

ambientalismo general dominante de una oposición permanente entre los humanos y la Naturaleza, es un invento engañoso, teóricamente incoherente y estratégicamente inútil para apoyar el crecimiento de una consciencia ecologista. Pam Tau Lee, coordinadora del Programa de Salud Ocupacional y Laboral de la Universidad de California en Berkeley, y miembro del consejo directivo del Fondo para la Campaña Nacional contra los Tóxicos y de la Red Organizadora del Sudoeste, explica que la justicia ambiental es capaz de «unir cuestiones que antes estaban separadas, si hablabas de contaminación de plomo, era una lucha por la vivienda, si hablabas de contaminación en el trabajo, era una lucha laboral, si la gente tenía tuberculosis o una enfermedad laboral, eso era un tema de salud pública. El movimiento de justicia ambiental consigue reunir todas esas cuestiones diferentes para crear un movimiento que realmente pueda hacer frente a las causas de todos esos fenómenos y que llegue a la raíz de esos problemas».<sup>8</sup>

La unión de la justicia social y el ecologismo supone ver a los humanos no como seres aparte sino como parte integral del verdadero medio ambiente. El discurso ambientalista dominante no ha puesto en el centro las realidades y las condiciones de las vidas diarias de las personas. Esos argumentos ambientalistas dominantes han construido unas dicotomías que oponen hostilmente la «sociedad» a la «naturaleza», y lo urbano a lo silvestre y natural. Los conceptos euro-americanos tradicionales consideran «lo natural» como algo «sublime» y perteneciente al «Edén», la Naturaleza es un lugar de pureza original, no contaminada por la intervención humana y por la avaricia (Cronon, 1996, Slater, 1996). William Cronon y Candace Slater, al escribir sobre la historia de la idea de lo silvestre y sobre las imaginaciones europeas acerca de la Amazonía, muestran que ese pensamiento «edénico» que coloca a la Naturaleza fuera de la cultura humana, separa a los humanos de la Naturaleza al tiempo que construye una Naturaleza que requiere ser controlada y dominada por los humanos. Cronon y Slater muestran cómo las poblaciones humanas que los euro-americanos consideraban salvajes próximas al estado natural (los indígenas nativos de América o los esclavos africanos, semejantes a los animales) eran al mismo tiempo explotados y controlados como parte de esa Naturaleza sin domesticar.

¿Qué tienen que ver esos análisis históricos con las condiciones ambientales contemporáneas en que se encuentran otros grupos humanos? ¿Cuáles son las respuestas a los problemas actuales? Abundantes estudios han demostrado que las comunidades de bajos ingresos y de color han sido frecuentemente elegidas como lugares para colocar los residuos industriales y tóxicos<sup>9</sup>. Los activistas del movimiento de justicia ambiental afirman que esa realidad no es más que una repetición de la historia, esta vez en relación a quienes son los que sufren las consecuencias de la contaminación ambiental. Dana Alston, una activista veterana, discute en el siguiente texto cómo la redefinición del «medio ambiente» por el movimiento de justicia ambiental para tener en cuenta la presencia de la gente, es una gran diferencia entre ese movimiento y el movimiento ambientalista dominante:

«La Nature Conservancy es una organización que se define a sí misma como la rama «inmobiliaria» del ambientalismo con la misión de salvar las áreas prístinas, los ecosistemas más sensibles, las especies amenazadas, los bosques tropicales lluviosos, pero en realidad en casi todos esos lugares del mundo hay gente que vive allí, hasta en lo más remoto, en los Estados Unidos o en América Latina o en otros lugares, lo que de inmediato nos sitúa en oposición a la Nature Conservancy, no sólo internacionalmente sino también aquí en los Estados Unidos porque la Nature Conservancy compra grandes superficies de terreno en Nuevo México o en el Oeste en general donde hay indígenas y chicanos que han vivido allí durante mucho tiempo y que tienen derechos de soberanía o por donaciones coloniales de tierras... La Nature Conservancy hace esas compras de tierras sin considerar sus efectos en la vida económica, social y política de nuestras comunidades. Para nosotros, muchas de esas comunidades están tan en peligro de extinción como algunas especies de animales».<sup>10</sup>

<sup>8</sup> Entrevista de la autora con Pam Tau Lee en Berkeley, 25 enero 1993.

<sup>9</sup> Bullard y Wright, 1987, pp. 21-37; Bullard, 1990; Anderson y Greening, 1982, pp. 204-218; U.S. General Accounting Office, 1983; Pollack y Grozuczak, 1984.

<sup>10</sup> Entrevista de la autora con Diana Alston, Public Welfare Foundation, Washington DC., 22 dic. 1992.

En consecuencia, los activistas del movimiento de justicia ambiental no quieren indentificarse a sí mismos como los «nuevos ambientalistas» porque no piensan que su origen esté en el «viejo» ambientalismo con sus slogans de «salvar a las ballenas» o «salvar el bosque tropical lluvioso». De hecho, ese movimiento de justicia ambiental tiene otro origen, podría verse como el «nuevo» movimiento de derechos civiles o «nuevo» movimiento de justicia social, ya que muchos de los organizadores más influyentes tienen raíces en los movimientos de los años sesenta por los derechos civiles de los afroamericanos y por la seguridad social, y en el movimiento sindical de trabajadores rurales mexicanos en California. Además, el término «nuevo ambientalismo» indicaría que los miembros de esas organizaciones de base que ahora emergen, que provienen predominantemente de comunidades afroamericanas, latinoamericanas, nativoamericanas, y asiáticoamericanas, sólo se han dado cuenta recientemente de la importancia del medio ambiente. Sin embargo, hay ya bastantes historias escritas acerca del activismo de la gente de color en cuestiones ambientales pero sucede que no son clasificadas como «historia ambiental» auténtica.<sup>11</sup>

Lo nuevo en el movimiento de justicia ambiental no es la «elevada consciencia ambiental» de sus miembros sino la manera en que están transformando las posibilidades de un cambio social y ambiental fundamental a través de los procesos de redefinición, reinención y construcción de discursos y prácticas políticas y culturales. Eso comprende la articulación de los conceptos de justicia ambiental y racismo ambiental y la construcción de nuevas formas de organización política de base. A continuación examinaré algunos momentos históricos que definen el movimiento de justicia ambiental en los Estados Unidos, para explicar también cómo nacieron esos conceptos.

## UNA RE-VISIÓN DE LA HISTORIA AMBIENTAL: ¿DE QUIÉN SON LAS HISTORIAS QUE SE NARRAN?

Algunos historiadores afirman que la desobediencia civil en gran escala que ocurrió en el condado de Warren en Carolina del Norte en 1982 fue la primera señal activa del emergente movimiento de justicia ambiental (Bullard, 1993). Cientos de mujeres y niños afroamericanos, aunque también algunos habitantes locales blancos, usaron sus cuerpos para bloquear los camiones que traían residuos con PCB a un vertedero cerca de su comunidad. Esas comunidades de clase trabajadora o rural, principalmente afroamericanos, de Warren County, habían sido designadas para servir de vertedero de residuos tóxicos al servicio de las industrias de Carolina del Norte. Esa manifestación de desobediencia civil no violenta abrió las puertas a otras acciones de gente de color y de gente pobre en todo el país. A diferencia de otros episodios anteriores de activismo social contra la contaminación tóxica, como la lucha contra la compañía Hooker Chemical en Love Canal en el estado de Nueva York a finales de la década de 1970, esta acción en Carolina del Norte empezó a forjar una conexión entre la cuestión racial, la pobreza y las consecuencias ambientales de la producción de residuos industriales (Gibbs, 1982).

El episodio del condado de Warren colocó la cuestión racial en el orden del día de la campaña antitóxicos, y dio lugar a muchos estudios que iban a documentar la pauta histórica de una incidencia desproporcionada de contaminación por residuos tóxicos en áreas donde viven minorías raciales. Uno de estos estudios, que señaló otro momento histórico en el movimiento de justicia ambiental, fue el informe auspiciado por la Comisión de Justicia Racial de la Iglesia Unida de Cristo (UCC-CRJ) publicado en 1987. La gente que vive cerca de vertederos o plantas de tratamiento de residuos tóxicos conocen desde hace muchos años sus efectos negativos sobre la salud y el ambiente, pero ese informe logró que la consciencia del racismo ambiental entrara en la discusión política general.

El informe de la CRJ-UCC, «Toxic Waste and Race in the United States: a National Report on the Racial and Socio-economic Characteristics of Communities with Hazardous Waste Sites», recogió los resultados de un estudio a nivel nacio-

<sup>11</sup> Peña, 1992, pp. 1-25, Bullard, 1990, Pulido, 1991, Churchill, 1993.

nal que mostraba que la raza era el factor que explicaba mejor la localización de las instalaciones (de carácter comercial) de residuos peligrosos. Este informe fue presentado al Club de Prensa Nacional en Washington DC en ese mismo año. El informe mostraba que la gente de color sufría un «riesgo desproporcionado» para la salud de sus familias y su ambiente, ya que el 60 por ciento de las comunidades afroamericanas o latinoamericanas, y más del 50 por ciento de los nativoamericanos y de los americanos de origen asiático o de las islas del Pacífico, vivían en áreas donde había por lo menos un vertedero incontrolado de residuos tóxicos. El informe señalaba también que el 40 por ciento de toda la capacidad de vertido de residuos tóxicos en todo el país estaba concentrada en tres lugares: Emelle, Alabama, con 78,9 por ciento de población afroamericana; Scotlandville, Louisiana, con 93 por ciento de afroamericanos; y Kettleman City en California, que tenía el 78,4 por ciento de latinos. La expresión «racismo ambiental» entró en la discusión política sobre el medio ambiente en 1987, acuñada por el Reverendo Benjamin Chavis, director ejecutivo de la Comisión de Justicia Ambiental de la UCC y que ha sido el presidente de la NAACP (la Asociación Nacional para el Avance de la Gente de Color). Según Chavis, el racismo ambiental es «la discriminación racial en la elaboración de la política ambiental y en la aplicación de las leyes y reglamentos, la elección deliberada de comunidades de gente de color para colocar vertederos de residuos tóxicos, la aprobación oficial de la presencia de venenos y contaminantes en nuestras comunidades, y la historia de exclusión de la gente de color del liderazgo del movimiento ambiental» (Grossman, 1992).

En la segunda mitad de la década de 1980, ese proceso de dar nombre y de investigar la realidad del racismo ambiental hizo posible una transformación notable de lo que se entendía hasta entonces por ambientalismo. Ese concepto político del «racismo ambiental» proporcionó una herramienta para impulsar a muchas y diversas comunidades a la acción.

¿De qué manera la publicación del informe de la UCC-CRJ y el dar nombre al «racismo ambiental» afectó el ambientalismo a nivel nacional? Hacia 1990, habían nacido ya diversas coaliciones de organizaciones de gente de color con el nombre de justicia ambiental, entre ellas la muy dinámica Red del Sudoeste para la Justicia Económica y Social (SNEEJ). En

enero y marzo de ese año, los representantes de muchos de esas coaliciones de base enviaron dos cartas al grupo de Las Diez Mayores organizaciones ambientalistas nacionales, pidiéndoles que establecieran un diálogo sobre la crisis ambiental que afectaba a las comunidades de color y recriminándoles que no reclutarán a más personas de color entre sus trabajadores administrativos y consejos directivos (Moore, 1992, p. 7). Esas cartas presentaban un análisis del racismo ambiental y argumentaban que las mayores organizaciones ambientalistas eran cómplices de él:

«Hay una clara falta de responsabilidad del grupo de Las Diez Mayores organizaciones ambientalistas hacia las comunidades del «Tercer Mundo» del Sudoeste, y de todos los Estados Unidos e internacionalmente. Sus organizaciones siguen apoyando políticas que ponen énfasis en la limpieza y la preservación del medio ambiente a costa de la gente trabajadora y en particular de la gente de color. Para eliminar los peligros ambientales a cualquier costo, muchas actividades industriales u otras actividades económicas que nos dan trabajo están siendo cerradas o frenadas, mientras que al mismo tiempo se ignoran nuestras necesidades de supervivencia y nuestras culturas. Nosotros sufrimos los resultados de esas acciones pero nunca participamos plenamente en las decisiones que las preceden» (Moore, 1992, p.8).

Según los activistas con quienes he hablado, las respuestas de Las Diez Mayores fueron muy variadas. Algunas se enfadaron y no quisieron sentarse en la misma mesa como iguales. Otras empezaron a entrar en discusiones sobre cómo edificar organizaciones multiculturales y multiraciales, cómo compartir los conocimientos técnicos, la asistencia legal y la financiación, y cómo modificar la estructura y la misión de sus organizaciones. Los grupos que respondieron mejor fueron Greenpeace, el Earth Island Institute y la Campaña Nacional contra los Tóxicos (que ya no existe), los cuales expandieron el ámbito de sus proyectos para incluir también las cuestiones de justicia ambiental y para diversificar su personal y su dirección.

En octubre de 1991, tuvo lugar la asamblea llamada First National People of Color Environmental Leadership Summit en Washington DC, un momento decisivo en la historia del movimiento. La gran reunión significó que a partir de entonces los grupos ambientalistas de gente de color iban a hablar

por sí mismos, rechazando totalmente «una cooperación basada en el paternalismo» con las organizaciones ambientalistas dominantes (Alston, 1990). Asistieron a la reunión 300 delegados afroamericanos, nativoamericanos, y asiático-americanos de los Estados Unidos y algunos de Canadá, de América Central y del Sur, de Puerto Rico y de las Islas Marshall, para definir las líneas de un movimiento multiracial que descansa en la ideología política del trabajo desde la base. Los participantes oyeron testimonios e informes sobre los efectos locales del racismo ambiental, sobre el envenenamiento del aire, del agua y del suelo que daña desproporcionadamente su ambiente y su salud. Esas discusiones dieron un contexto favorable para que la gente de color también reafirmara «su conexión tradicional y su respeto a la Naturaleza», la cual abarcaba «todos los aspectos de la vida diaria». El medio ambiente definido así, incluye también «el militarismo y la defensa, la libertad religiosa y la supervivencia cultural, el uso de energía y el desarrollo sostenible, la vivienda y el transporte, el derecho a la tierra y los derechos de soberanía territorial, la autodeterminación, y el empleo» (Moore, 1992, p. 8). Dana Alston describe cómo la asamblea ayudó a reunir a la gente de color en un espíritu de solidaridad política:

«Lo más importante de la reunión fueron los lazos de afinidad. Mucha gente podría pensar que los que no son blancos se van a juntar fácilmente sin problemas, pero la sociedad se basa en dividir a la gente, y todos conocemos las tensiones entre afroamericanos y latinos y americanos de origen asiático y americanos nativos. La historia, la cultura y la sociedad nos mantienen divididos... así la estructura de poder puede continuar dominándonos, al separarnos, de manera que tuvimos que establecer una conjunto de nuevos principios acerca de nuestras relaciones».<sup>12</sup>

La composición y el programa del segundo día de la reunión cambió con la llegada de otros 250 participantes de diversas organizaciones ambientalistas y de cambio social, además de algunos «profesionales»: abogados, académicos y decisores políticos. La asamblea determinó cuáles eran las cuestiones

cruciales para el movimiento de justicia ambiental: la definición de medio ambiente y de los problemas ambientales, la estrategia organizativa y la dirección, y la formación de coaliciones y alianzas. La asamblea estableció por consenso 17 principios que iban a guiar el proceso político emergente. Esos «Principios de Justicia Ambiental» perfilan un proyecto político amplio y profundo para conseguir la justicia ambiental que asegure «nuestra liberación política, económica y cultural que nos ha sido negada por 500 años de colonización y opresión, lo que ha llevado al envenenamiento de nuestras comunidades y de nuestra tierra y al genocidio de nuestros pueblos» (Environmental Health Coalition, 1993).

Todos los activistas con quienes he hablado, consideran que lo mejor de la reunión fue el compromiso para construir procesos y estructuras organizativas y tener una dirección que fueran diversificadas, igualitarias y no jerárquicas. Los participantes querían algo bien distinto de la racionalidad tecnocrática y de la dirección «desde arriba» que las organizaciones ambientalistas dominantes han copiado de las propias empresas a las que se oponen. Como activistas de la base que se enfrentan a las amenazas de la contaminación, de la explotación de recursos y de los cambios en el uso del suelo, sostienen que el propio proceso de cómo decidir las cosas debe ser en sí mismo un tema principal de discusión en el movimiento ambientalista. Rechazan las decisiones «desde arriba» porque son paternalistas y porque restan fuerza, y proponen en cambio una cultura organizativa descentralizada, democrática, con bases locales y regionales. El compromiso con esos valores llevará a un movimiento ambiental que realmente funcione.

## REINVENTAR LA NATURALEZA A TRAVÉS DE LAS ACCIONES DE LAS COMUNIDADES

Para forjar un movimiento ambientalista vigoroso y efectivo, la emergente coalición de organizaciones de justicia ambiental en los Estados Unidos está produciendo un análisis coherente de las causas y consecuencias de los problemas ambientales y una cultura política basada en organizaciones sociales que son gobernadas desde las comunidades y que se orientan hacia la constitución de redes. Todos esos análisis y prácticas sociales se

<sup>12</sup> Entrevista con Alston, 1992.

basan en experiencias e interpretaciones distintas del medio ambiente y de la injusticia social. Según sean sus diversas historias culturales y sus experiencias de la injusticia ambiental y social, esas comunidades de bajos ingresos construyen distintos significados y definiciones de la «Naturaleza» y de lo que debe ser la interrelación entre los humanos y el medio ambiente. No sólo hay pues una gran diferencia entre el movimiento de justicia ambiental y las organizaciones ambientalistas dominantes, sino que el movimiento de justicia ambiental tiene maneras de entender la naturaleza que también son distintas de aquellas de los movimientos en el resto del mundo que reclaman la conservación del ambiente y de las tierras y recursos comunales.

En las parte final de este trabajo, prestaré atención a esa «reinención de la Naturaleza» a cargo de los activistas del movimiento de la justicia ambiental. Como dije antes, esos activistas critican las filosofías coloniales y de la modernidad con sus ideas de progreso ilimitado, del desarrollo continuo, el privilegio otorgado a las nociones científicas occidentales de verdad objetiva y de control de la naturaleza, y la separación jerárquica entre la cultura humana y la naturaleza. Ese análisis contra la modernidad es también implícitamente una crítica del movimiento ambientalista dominante que, según los activistas de la justicia ambiental, comparte esa filosofía colonialista de separar la Naturaleza de la cultura humana.

Los intentos de «reinventar» la Naturaleza por el movimiento de justicia ambiental son a la vez de desconstrucción y de construcción. Las críticas de las ideas dominantes o convencionales de la Naturaleza y el medio ambiente señalan cómo esas ideas socialmente construidas tienen implicaciones políticas que van en detrimento de ciertas comunidades *humanas*, sobre todo los pobres y la gente de color. Al ver los efectos históricos y ecológicos de las ideologías ambientalistas dominantes sobre el mundo natural y humano nos damos cuenta de sus limitaciones como fundamento de un ambientalismo justo. Los grupos de justicia ambiental, al tiempo que critican los conceptos dominantes sobre la Naturaleza, también *producen* una conexión propia entre los humanos y la Naturaleza y el medio ambiente a través de sus ideas de «comunidad». La comunidad es a la vez una idea, un lugar y unas relaciones y prácticas que generan lo que esos activistas consideran como

configuraciones humano-ambientales socialmente más justas y más sólidas. Así pues, la «reinención» de la Naturaleza requiere una crítica y una construcción de ideas, que discutiré con más detalle en los próximos párrafos.

Las comunidades de color que pertenecen al movimiento de justicia ambiental desarrollan una crítica de lo que llamo el discurso colonial euro-americano sobre la Naturaleza, que según ellas constituye un progenitor histórico del racismo ambiental actual. Ese discurso sobre la Naturaleza separa a los humanos de la Naturaleza y los coloca por encima de ella, pero considera que *algunos* humanos son de hecho parte de la Naturaleza y por tanto son menos humanos: a ellos les amenaza el genocidio. Ese discurso que opone una Naturaleza sublime y edénica (Cronon, 1996) a una cultura caída, categoriza a la gente de color como si fueran idénticos con la Naturaleza (como también es el caso de pueblos indígenas o nativos del Tercer Mundo, lo cual permitía a los colonizadores y esclavistas explotar y dominar a esos humanos tal como se sentían facultados para dominar y explotar la Naturaleza), o la clasifica como gente que son anti-naturaleza, impuros y hasta tóxicos, como las comunidades pobres de color que viven en el centro de ciudades contaminadas o en las áreas rurales degradadas (Haraway, 1989, Gould, 1981, Merchant, 1980 y 1989). La imagen de la gente de color en la literatura ambientalista dominante es frecuentemente la de masas tercermundistas ecológicamente incorrectas formada por inmigrantes ilegales cargados de hijos, que practican la roza-tumba-y-quema. La vida idílica del Edén silvestre debe estar donde esas gentes «caídas» y «tóxicas» no están.

Esa noción edénica de la Naturaleza se convierte en una herramienta de opresión para muchas comunidades de color, que oculta los auténticos peligros que las amenazan. Esta concepción de la Naturaleza le da a la cultura blanca, burguesa, la autoridad moral para sus políticas ambientales genocidas. Así, los slogans del ambientalismo dominante, como «salvar las ballenas», o «la extinción de especies es para siempre», son vistos como preocupaciones de los blancos que son ciegos respecto a los problemas de la gente de color.

La obsesión por salvar el bosque tropical lluvioso y preservar la biodiversidad parece implicar una decisión de eliminar a las culturas locales. Como esos slogans y obsesiones no son propios de las comunidades de color, muchos ambientalistas



de las organizaciones dominantes afirman que la gente de color no tiene ningún interés en la Naturaleza o en el medio ambiente —en contra de esta opinión, puede argumentarse que los congresistas negros de la Cámara de Representantes y del Senado en Estados Unidos tienen el mejor registro de voto en temas ambientales de todos los grupos. Así pues, los activistas de color tienen mucho que ganar si logran «reinventar» la idea de Naturaleza que prevalece en el ambientalismo dominante.

Las realidades históricas y actuales de cada comunidad particular van a influir sobre su percepción de la Naturaleza. Parto de la premisa de que lo que entendemos por Naturaleza es históricamente dinámico y culturalmente específico. No todos los grupos de gente de color tienen la misma historia cultural, y para cada uno de ellos lo que es la Naturaleza puede ser muy diferente. La asamblea en Washington DC en 1991 fue para muchos activistas de distintos orígenes étnicos una extraordinaria ocasión para aprender a reconocer las muy diversas ideas sobre la Naturaleza y el medio ambiente y las muchas diferentes formas en que el racismo ambiental se manifiesta concretamente.

Paul Ruffins, un periodista afroamericano que asistió a la asamblea, piensa que las distintas ideas y relaciones con la Naturaleza de distintos grupos en Norteamérica, dependen de cómo llegaron allí. Hay una experiencia común de pérdida de un «lugar» y de adscripción a otro «lugar», pero de manera muy diferente para los americanos nativos que ya estaban allí, para los colonos europeos, para los esclavos africanos, para los chinos traídos como peones endeudados, y para los mexicanos del sudoeste. Ruffins explica cómo, en esa asamblea de 1991, aprendió a distinguir entre las expresiones empleadas por los americanos nativos —«la madre naturaleza» y «las ballenas son nuestras hermanas», que inicialmente le parecían sospechosas siendo él un afroamericano de cultura urbana— y la perspectiva colonial de la Naturaleza incorporada al ambientalismo dominante que habla de salvar especies a costa de culturas humanas. Ruffins escribe lo siguiente:

«Muchos ambientalistas afroamericanos nos definimos por nuestra preocupación por el medio ambiente urbano. Hemos atacado vigorosamente a los ambientalistas blancos que se preocupan por salvar los pájaros, los bosques y las ballenas mientras los niños urbanos sufren de envenenamiento por estar las casas

pintadas con pinturas con plomo. Mi mayor ganancia espiritual en la reunión de Washington vino de la oportunidad de cambiar ese pensamiento, de empezar a pensar en proteger a la tierra por sí misma. Eso vino, en parte, de que hablé con ecologistas negros del Sur que están luchando por salvar a campesinos negros y a las comunidades tradicionales negras de las islas del Georgia Sea contra la industria turística. Sobre todo vino de mis conversaciones con muchas hermanas y hermanos americanos nativos y de Hawaii, de la experiencia de culturas que sólo pueden entenderse en relación a determinado trozo de tierra o de agua. Escuchar de americanos nativos, oprimidos desde 1492, que hace falta proteger a «nuestras hermanas las ballenas», me ayudó a entender realmente el imperativo moral de proteger a los animales, los árboles y la tierra». (Ruffins, 1992, p. 11).

El diálogo multirracial posibilitado por la asamblea dio la oportunidad para que los grupos de gente de color entendieran sus diferencias históricas y culturales, y para que establecieran sus diversas posiciones frente a los discursos coloniales sobre la Naturaleza. El desafío era construir un discurso común de justicia ambiental que abarcara ideas aparentemente tan distantes como «las ballenas son nuestras hermanas» y las ciudades son nuestro medio ambiente.

El testimonio de Ruffins indica que las diferencias culturales e históricas en las percepciones de la Naturaleza y del medio ambiente entre distintos grupos de gente de color, pueden ser contrarias a la formación de coaliciones de justicia ambiental pero pueden también ayudar a que sean más amplias y potentes, como ocurrió en la asamblea de Washington DC en 1991. Las diversas experiencias diarias pueden también ayudar a formar coaliciones de justicia ambiental, ya sea la experiencia de la opresión del racismo, las dificultades económicas, el envenenamiento tóxico que afectan la propia salud o la salud de los niños, y el sentimiento de alienación del propio lugar donde uno se ve obligado a vivir. De hecho, el discurso colonial sobre la Naturaleza frecuentemente insiste en la alienación creciente respecto de la vida natural a causa del avance del capitalismo, y cómo se hizo preciso construir la vida silvestre como un Edén como refugio contra la alienación y degradación espiritual productos de la avaricia capitalista.

Carl Anthony, director del Programa de Habitat Urbano del Earth Island Institute de San Francisco, escribe acerca de

las formas de alienación que la gente de color, especialmente los afroamericanos, han tenido que sufrir (Anthony, 1995). Esta alienación es el resultado de un profundo sentido de pérdida sufrido por mucha gente a quien se obligó a dejar su tierra y a separarse de su sentido de «lugar», como les ocurrió a los esclavos despachados a América en barcos negreros o a los americanos nativos o a los mexicanos que fueron desposeídos de sus tierras. La alienación afecta también a quienes deben vivir en el centro degradado y contaminado de las ciudades, a causa de la opresión racial y de clase, «sin ninguna relación funcional con la Naturaleza no humana». A Carl Anthony, como a otros, le interesa conocer el daño psicológico causado a la juventud de esos barrios degradados de los centros de las ciudades al comparar su medio ambiente con las imágenes resplandecientes normalmente asociadas con los paisajes de Estados Unidos (Lee, 1993, p. 41). Carl Anthony cree que, mediante lo que él llama «eco-psicología», pueden reinventarse las relaciones humanas con la Naturaleza. Ese método, cultural e históricamente sensible, busca entender cómo la relación específica con la Naturaleza es parte esencial de la formación de la identidad humana. El pasado de opresión racial y de clase que está detrás de la «relación no funcional» con la Naturaleza, y la realidad actual de vivir en un ambiente empobrecido, lleva al habitante de las zonas urbanas degradadas a una alienación que debe ser analizada y corregida para mejorar la salud ecológica de la comunidad local y del ambiente natural.

Las distintas comunidades de color tienen muy diferentes experiencias de alienación de la Naturaleza y de su propio lugar donde viven. A veces, de una experiencia de opresión y alienación nace el activismo, como han indicado diversos autores (Edelstein, 1988, Hofrichter, 1993, Bullard, 1994, Szasz, 1994). Así, los activistas del grupo indígena Shoshone, recurren a su herencia cultural que les dicta unas relaciones intergeneracionales con la tierra como motivación política en su lucha de muchos años contra el gobierno de Estados Unidos que se anexió su territorio en el estado de Nevada como lugar para pruebas de explosiones nucleares (Churchill, 1993). Es precisamente la experiencia de la desposesión y la alienación lo que construye una identidad política activista, que exige el respeto a los derechos territoriales. En cambio, los afroamericanos tienen otras relaciones muy distintas con el paisaje norteamer-

cano y casi nunca reclaman antiguos derechos territoriales. Ellos viven casi siempre en comunidades urbanas, como resultado de las pautas de emigración hacia la industria en las décadas que siguieron al período de la «Reconstrucción» (con un racismo renovado en los estados del Sur, una vez acabada la esclavitud). Esas comunidades urbanas que viven en ambientes contaminados, tienen, como dice Carl Anthony, una relación «no funcional» con la Naturaleza, lo que produce una alienación desmotivadora que lleva a la desesperanza.

Sin embargo, cabe también una reacción contraria a la desesperanza, es posible una lucha por la justicia ambiental también esas zonas urbanas degradadas. La única relación *funcional* posible con la Naturaleza para muchos habitantes de las ciudades o para quienes viven cerca de vertederos de residuos tóxicos, es convertir esa degradación ambiental en el núcleo de su estrategia política. No se trata aquí de conservar una Naturaleza hasta entonces intocada por el capitalismo (como ocurre aún en algunos territorios indígenas en todo el mundo) sino que el conocimiento que esas comunidades urbanas locales adquieren acerca de la destrucción de los sistemas naturales puede movilizarlas contra esas experiencias negativas. Ese conocimiento las enfrenta con los expertos oficiales de salud pública, que aseguran que no hay efectos graves, pero las comunidades conocen las realidades locales y los cambios que conducen a una incidencia mayor de enfermedades respiratorias, enfermedades de la piel, abortos o malformaciones de los bebés, muertes de animales domésticos y a que las plantas no crezcan o que crezcan con formas extrañas, a los malos olores en el aire y los malos sabores del agua (Brown y Mikkelsen, 1990, Newman, 1994). Ese conocimiento directo de los cambios en el ambiente, obtenidos de la experiencia, es esencial para que el movimiento de justicia ambiental pueda argumentar que la gente de color son los que más sufren los efectos de un desarrollo industrial que es ecológicamente dañino.

El conocimiento de la degradación ambiental y del envenenamiento tóxico por la experiencia propia, y la movilización de la comunidad con el tema de la salud pública, suele ser un fenómeno urbano. La gran mayoría de las comunidades afroamericanas, latinas y de origen asiático de los Estados Unidos son urbanas, y por tanto la situación de «insustentabilidad» de las ciudades se convierte en una de las preocupaciones prin-

cipales de los activistas de la justicia ambiental (Lee, 1993, Gottlieb, 1993). En consecuencia, otra de las «reinventiones» de la Naturaleza a cargo del movimiento de la justicia ambiental consiste en atender a la relación de la ciudad (el «ambiente edificado») con la Naturaleza. En cambio, en el ambientalismo dominante, la ciudad es vista en oposición a la Naturaleza, «irredimiblemente caída, perdida para la Naturaleza» (Pollan, 1991, p. 188). De hecho, organizaciones como la Wilderness Society, la Nature Conservancy or Not Yet New York, ven la gran ciudad industrial moderna como un monstruo amenazador que se extiende cada vez más, destruyendo el mundo natural. El discurso colonial de la Naturaleza ve las ciudades como depósitos de basuras, venenos, enfermedad y depravación, rasgos que caracterizan también a los que viven en ellas. Los activistas del movimiento de justicia ambiental argumentan que la sustentabilidad ecológica y social de las ciudades es la cuestión ecológica principal de nuestra época, una posición muy interesante si recordamos que las organizaciones ambientalistas dominantes y los programas de ciencias ambientales en las universidades de Estados Unidos apenas prestan atención a los problemas y a las potencialidades del medio ambiente urbano (Lee, 1993, Bullard, 1994). El Programa de Habitat Urbano del área de la Bahía de San Francisco, advertía ya en 1990:

«En la próxima década, importantes decisiones sobre el futuro de las ciudades y del área rural circundante influirán sobre las vidas de millones y millones de personas. La infraestructura degradada de las áreas urbanas debe ser reconstruida. Podríamos conseguir muchos beneficios hoy ocultos al reconstruir nuestras áreas urbanas centrales de acuerdo a principios ecológicos. La inversión de miles de millones de dólares, que hace falta, ofrece una multitud de oportunidades para nuevos enfoques para conseguir viviendas de precio moderado, servicios públicos adecuados, para manejar de otra manera los recursos y los residuos. Incluso hay oportunidades de pequeños proyectos para traer la Naturaleza silvestre dentro de la ciudad» (Anthony, 1990, pp. 43-44).

La retórica actual de las «ciudades en crisis» y de las «ciudades insostenibles», no son palabras vacías para quienes viven, trabajan o buscan trabajo, y juegan en zonas urbanas predominantemente ocupadas por gente de color. Las organizaciones de justicia ambiental llaman la atención sobre estas situaciones,

utilizando la poderosa metáfora de las «especies en peligro de extinción». Por ejemplo, el folleto publicado por San Francisco's Citizens for a Better Environment, tiene en la portada, bajo el gran titular «Salvemos una Especie en Peligro», una alegre escena de una comunidad multirracial, con niños, mujeres y hombres trabajando en un cinturón verde agrícola muy fructífero que parece rodear la ciudad en la que viven. El uso del mismo slogan continúa en el interior del folleto, donde la especie en cuestión resulta ser, no un confortable y peludo gran mamífero ni un búho con manchas, sino USTED! El texto afirma: «cuando el agua, el suelo o el aire de California son envenenados, no sólo resultan amenazados los peces y la vida silvestre. También nosotros somos amenazados. Nuestras familias, nuestros barrios y nuestras ciudades están en riesgo debido a contaminadores irresponsables y a que las leyes no se cumplen». La imagen que acompaña ese texto, dibuja un ejército de ciudadanos irritados y firmes que forman una barrera frente a los contaminadores, defendiendo la ciudad limpia y sostenible que tienen a la espalda. Así, el uso del término «especie en peligro» es reinventado, tiene un uso distinto al de las organizaciones ambientalistas dominantes, que al poner su atención en una única cuestión —la lista oficial de especies en peligro— tienden a olvidar el deterioro ambiental que afecta a todas las especies, incluida la humana.

El antropólogo Stephen Feld critica la noción de «especie en peligro» en las notas que acompañan su CD *Voices of the Rainforest* donde registra los sonidos de un día en la vida de los Bosavi en Papua Nueva Guinea. Feld (1991, p. 139) escribe así:

«Cuando leo que perdemos 15 o 20 mil especies de plantas y animales cada año por la extracción de madera, la expansión de la ganadería y de la minería en el bosque tropical lluvioso, inmediatamente me viene a la mente un cálculo imposible de la cantidad de canciones, mitos, palabras, ideas, artefactos y técnicas perdidos, todo el conocimiento y la práctica cultural que cada año se pierde en esas zonas de megadiversidad. La sabiduría y las variaciones de los seres humanos en sus conocimientos deben ser también contados como pérdidas en esa eco-catástrofe. Tal vez las pérdidas ecológicas sean más lentas que las pérdidas culturales, pero las últimas son muy efectivas para acelerar las primeras. La política de la co-evolución y de la co-autogestión de lo ecológico y lo estético y cultural, ha de ser la misma».

Así pues, la actitud de los ambientalistas que insisten descontextualizadamente en «salvar especies en peligro» no es lógica ni socialmente justa ya que olvida las profundas conexiones históricas entre la especie humana y las otras especies. Además, un ambientalismo que incluya también los sistemas culturales humanos en la noción de «especie en peligro» será un ambientalismo mucho más fuerte y efectivo. Vemos aquí una reconceptualización o una «reinención» de la idea de «especie en peligro», común a Feld y a los Ciudadanos por un Medio Ambiente Mejor de San Francisco. Es éste un tema ambiental muy importante, que es visto de otro modo por el movimiento de justicia ambiental que por el ambientalismo dominante.

Esas «reinenciones» de lo ambiental propuestas por el movimiento de justicia ambiental tienen en común el rechazo al discurso colonial que separa la naturaleza de la cultura, que separa el mundo natural no humano de las comunidades humanas no naturales. Un movimiento efectivo debe integrar, y no polarizar, las historias y las relaciones de la gente y sus ambientes naturales, tanto en la época colonial como postcolonial. El ambiente debe ser visto «ecosistémicamente», y no como una colección de cuestiones aisladas. El ambiente comprende lo biofísico, el ambiente edificado, el ambiente social (Gottlieb, 1993). Para los activistas del movimiento de justicia ambiental es incomprensible y hasta inmoral separarlos.

### CONCLUSIÓN: LA LUCHA POR UNA COMUNIDAD MULTICULTURAL

En el movimiento de justicia ambiental, las ideas de la Naturaleza están estrechamente unidas a las ideas de comunidad, historia, identidad étnica y supervivencia cultural, que incluyen las relaciones con la tierra que expresan modos de vida particulares. El «lugar» —geográfico, cultural y emocional— donde los humanos y el medio ambiente convergen está incorporado en las ideas y las prácticas de la «comunidad». Un concepto de comunidad que tiene que ver con la identificación de un grupo con una historia común, con similares experiencias y sufrimientos de opresión, ya sean raciales, étnicos, de género o socio-económicos. Esta concepción de la comunidad se dice, en el lenguaje de la ciencia social, que representa «la unidad de lo

mismo». Todos los miembros comparten similares o idénticos rasgos.<sup>13</sup> Hay otra concepción de la comunidad que es menos conservadora, «la unidad en la diferencia» (Fowler, 1991, Anderson, 1983, Hummon, 1990), que supone la conexión y la interdependencia con otros grupos, con otras especies, y con el ambiente natural como miembros de familias, de grupos de amigos y compañeros de trabajo. Los teóricos culturales Whitt y Slack (1994, p. 21) argumentan que las comunidades deben ser entendidas como «lugares donde los humanos y otros seres no humanos se juntan con articulaciones múltiples», y proponen el término de «comunidades mezcladas» para indicar esa diversidad dentro de la comunidad. El medio ambiente da el contexto para cada comunidad «mezclada» particular, «dándole su preciso lugar y dando también el punto de contacto con el ambiente natural y con la sociedad mayor que está alrededor». Las comunidades y sus ambientes se constituyen mutuamente. Whitt y Slack (1994, p. 22) prosiguen:

«Las comunidades son, pues, tanto resultados como causas de su medio ambiente. Una consecuencia política práctica de esto es que las discusiones sobre desarrollo no pueden divorciar las comunidades de sus contextos materiales. Las comunidades mezcladas y sus ambientes constitutivos son inseparables, son la unidad del desarrollo y del cambio. Cualquier desarrollo es, para bien o para mal, un codesarrollo de las comunidades y su ambiente respectivo, y la relación entre una comunidad particular y su ambiente no es simplemente una interacción entre factores internos y externos sino un desarrollo dialéctico... de la comunidad y el ambiente en respuesta mutua».

Los activistas del movimiento de justicia ambiental expresan sus relaciones con su medio ambiente, en cuanto comunidades o «comunidades mezcladas», en lo que respecta a vivir, a trabajar y a jugar. Veamos por ejemplo los distintos proyectos organizados por la Red Verde de Gente de Color en el área de

---

<sup>13</sup> El concepto de la comunidad como «unidad de lo mismo» es conservador por sus connotaciones nativistas o nacionalistas, con la implicación de eliminar lo diferente, de resistir el cambio y de apoyar la estructura interna de poder o autoridad. Raymond Plant argumenta que esa idea de comunidad presupone una «unidad orgánica dentro de la cual cada individuo tiene un lugar preciso y un papel que cumplir» (Plant, 1978, p. 95).

la Bahía de San Francisco. Esta Red auspicia iniciativas tales como la restauración de torrentes y arroyos que fueron urbanizados y pavimentados, los mercados directos de agricultores, y los huertos en las cárceles locales. Una de estas iniciativas es dirigida por Trevor Burrowes de la Sociedad de Agricultura Histórica de Palo Alto Este, para que las comunidades afroamericanas recuperen su herencia agronómica cultivando alimentos orgánicos saludables en un contexto urbano. Esa es una manera directa de romper con la relación «no funcional» con la Naturaleza de tantas comunidades afroamericanas que viven en los centros degradados de las ciudades. El concepto de «unidad en la diferencia» para expresar la relación entre comunidad y medio ambiente es lo que está detrás de iniciativas de revitalización como la que ha existido en Los Angeles, auspiciada en parte por Concerned Citizens of South Central Los Angeles, para en toda la gran ciudad (como si fuera una comunidad «imaginada») limpiar las cloacas, los callejones y las playas, también pintar encima de todos los graffiti ofensivos. El transformar el ambiente de esta manera consigue una alianza más allá del habitat local. En la batalla contra LANCER, Robin Cannon ya había expresado esa idea, al notar que su grupo, Concerned Citizens, conseguía juntar a muchas otras mujeres de distintos orígenes raciales y de clase de todo Los Angeles: «No sabía que teníamos tantas cosas en común... millones de personas en toda la ciudad tenían algo en común con nosotras... el medio ambiente» (Bullard, 1994, p. 213).

Barbara Lynch (1993) ha argumentado, en un artículo donde examina las ideas de naturaleza, comunidad y ambientalismo de los latinos que viven en Estados Unidos, que la relación con la Naturaleza en esos grupos culturales ha estado siempre asociada a una idea de comunidad. No existe la separación entre la Naturaleza y lo humano. Así, el dominicano Astin Jacobo y su Crotona Community Coalition, usan viviendas que se van a derruir y solares vacíos en el South Bronx en Nueva York como huertos urbanos donde siembran maíz, tomates, habichuelas y ajos, recreando un Cibao pequeño en medio de la ciudad (Cibao es el corazón agrícola de Santo Domingo). Otro caso es el de los portorriqueños que viven en Nueva York y que hablan de su relación con el mar y con la pesca como parte de su vida, y que piensan que la mengua de la pesca, la contaminación costera y las restricciones legales a la

pesca recreativa, perjudican a su comunidad (Lynch, 1993, p. 109). Esas comunidades latinas no se oponen a una política de conservación de la pesca pero entienden que la intervención estatal para regular la pesca recreativa les impide el contacto con la Naturaleza y a la vez la oportunidad de usar lo que pescan para sus regalos a parientes, amigos y vecinos.

Según el estudio de Lynch (1993), esas comunidades latinas no son cerradas, son «unidades en la diferencia», y a partir de grupos de portorriqueños o salvadoreños o chicanos han formado coaliciones ambientales como Las Madres del Este de Los Angeles, o El Pueblo para el Aire y Agua Limpios en Kettleman City en California, o los Vengadores de los Tóxicos de El Puen-te en Pennsylvania. Algunas de esas coaliciones se extienden más allá de la frontera de Estados Unidos con México. Vemos una vez más cómo las relaciones con la Naturaleza y el medio ambiente convergen con la justicia social, a través de la idea y de la práctica de la «comunidad»: ése es el rasgo esencial de las organizaciones de justicia ambiental en los Estados Unidos.

¿Cómo hacer para que el movimiento ambientalista dominante se vuelva más amplio y efectivo, tomando conocimiento de esas «reinventiones» de la Naturaleza que la vinculan íntimamente con la vida social y cultural de cada día? ¿Cómo hacer para que esas reconceptualizaciones de las conexiones sociales y ecológicas entre las comunidades y el medio ambiente que son propias del movimiento de justicia ambiental, consigan construir un puente entre los humanos y la Naturaleza y entre la justicia social y la justicia ambiental?

Quienes escriben sobre el movimiento de justicia ambiental han argumentado que, para la gente de color en los Estados Unidos, la Naturaleza está situada en muchas historias culturales distintas, que incluyen la propia historia colonialista, y que la Naturaleza viene unida a experiencias alienadoras de opresión pero también a experiencias de afinidad y de cooperación que se manifiestan en la comunidad. Tanto esos escritos como el activismo de las organización de base de la justicia ambiental —como los Concerned Citizens, el Center for Community Action and Environmental Justice, o El Pueblo para el Aire y Agua Limpios— nos llevan a descubrir unas «reinventiones» de la Naturaleza que provienen de esas historias culturales y que son muy distintas de la concepción del ambientalismo dominante.

REFERENCIAS

- ALSTON, DANA, ed., *We speak for ourselves: Social Justice, Race and Environment*, Panos Institute, Washington DC, 1990.
- ANDERSON, BENEDICT, *Imagined communities: reflections on the origins and spread of nationalism*, Verso, Nueva York, 1983.
- ANTHONY, CARL, «Why African Americans should be environmentalists», *Earth Island Journal*, 5, 1990.
- ANTHONY, CARL, «Ecopscopy and the Deconstruction of Whiteness», en Theodore Roszak et al., eds., *Ecopscopy: restoring the earth, healing the mind*, Sierra Club Books, San Francisco, 1995.
- BROWN, PHIL Y EDWIN J. MIKKELSEN, *No safe place: toxic waste, leukemia and community action*, Univ. of California Press, Berkeley, 1990.
- BULLARD, ROBERT, *Dumping in Dixie: race, class, and environmental quality*, Westview, Boulder, 1990.
- *Confronting environmental racism: voices from the grassroots*, South End Press, Boston, 1993.
- CHURCHILL, WARD, *Struggle for the land*, Common Courae, Monroe (Maine), 1993.
- CRONON, WILLIAM, *Nature's Metropolis: Chicago and the Great West*, Norton, Nueva York, 1991.
- *Uncommon ground: rethinking the human place in Nature*, Norton, Nueva York, 1996.
- DIAMOND, IRENE Y GLORIA ORENSTEIN, *Revealing the world: the mergence of ecofeminism*, Sierra Club Books, San Francisco, 1989.
- EDELSTEIN, MICHAEL, *Contaminated communities*, Westview, Boulder, 1988.
- ENVIRONMENTAL HEALTH COALITION, «Principles of Environmental Justice», *Toxic-free neighborhoods: community planning guide*, San Diego, 1993.
- FELD, STEVEN, «Voices in the Rainforest», *Public Culture*, 4 (1), 1991.
- FOWLER, CARY AND PAT MOONEY, *Shattering: food, politics and the loss of genetic diversity*, Univ. of Arizona Press, Tucson, 1990.
- GIBBS, LOIS, *Love Canal: my sotory*, State Univ. of New York, Albany, 1982.
- GOTTLIEB, ROGER AND HELEN INGRAM, «The New Environmentalists», *The Progressive*, Agosto 1998.
- GOTTLIEB, ROGER, *Forcing the spring: the transformation of the American environmental movemement*, Island Press, Washington DC, 1993.
- GROSSMAN, KARL, «From toxic racism to environmental justice», *E Magazine*, mayo-junio 1992.
- HARAWAY, DONNA, *Primate visions: gender, race, and nature in the world of modern science*, Routledge, Nueva York, 1989.
- *Simians, cyborgs, and women: the reinvention of nature*, Routledge, Nueva York, 1991.
- HOFRICHTER, RICHARD, ed., *Toxic struggles: the theory and practice of environmental justice*, New Society Publ., Philadelphia, 1993.
- HUMMON, DAVID, *Commonplaces: community ideology and identity in American culture*, State Univ. of New York, Albany, 1990.
- KAY, JANE, «Women in the Movement», *Race, Poverty and the Environment*, 1 (3), 1991.
- LEE, CHARLES, «From Los Angeles, East St. Louis and Matamoros: developing working definitions of urban environmental justice», *Earth Island Journal*, 8 (4), 1993.
- LYNCH, BARBARA DEUTSCH, «The garden and the sea: U.S. Latino environmental discourses and mainstream environmentalism», *Social Problems*, 40, 1993.
- MERCHANT, CAROLYN, *The death of Nature: women, ecology and the scientific revolution*, Harper and Row, San Francisco, 1988.
- *Ecological revolutions: nature, gender and science in New England*, Univ. of North Carolina Press, Chapel Hill, 1989.
- MOORE, RICHARD, «Confronting environmental racism», *Crossroads/ Forward Motion*, 11 (2), abril 1992.
- NEWMAN, PENNY, ed., *Communities at risk: contaminated communities speak out on Superfund*, Center for Community Action and Environmental Justice, Riverside, 1994.
- PLANT, RAYMOND, «Community: concept, conception and ideology», *Politics and Society*, 8, 1978.
- PLATT, RUTHERFORD et al., eds., *The ecological city: preserving and restoring urban biodiversity*, Univ. of Massachussets Press, Amherst, 1994.
- POLLAN, MICHAEL, *Second Nature: a garderner's education*, Atlantic Monthly Press, Nueva York, 1991.
- RUBEN, BARBARA, «Leading indicators: women speak out on the challenges of national grassroots leadership», *Environmental Action*, 24 (2), verano 1992.
- RUFFINS, PAUL, «Defining a movement and a community», *Crossroads/ Forward Motion*, 11 (2), abril 1992.
- SLATER, CANDACE, «Amazonia as Edenic narrative», in William Cronon ed., *Uncommon ground: rethinking the human place in Nature*, Norton, Nueva York, 1996.
- STREN, RICHARD et al., *Sustainable cities: urbanization and the environment in international perspectives*, Westview, Boulder, 1991.
- SZASZ, ANDREW, *Ecopopulism: toxic waste and the movement for environmental justice*, Univ. of Minnesota Press, Minneapolis, 1994.
- WHITT, LAURIE ANN AND JENNIFER DARYL SLACK, «Communities, Environments and Cultural Studies», *Cultural Studies*, 8, enero 1994.